Ingenieria y Construcción, año II, vol. II, nº 17, mayo/1924, pp. 235-237



Economía



LA LUCHA POR EL PETROLEO

Algunos episodios del acontecimiento económico más interesante de los tiempos modernos

Por ANTONIO CAMACHO, Catedrático de Economía Política de la Escuela de Comercio de Gijón (1)

Los orígenes de la «Shell Transport».—El suelo inglés, tan privilegiado en producción carbonera, no tiene petróleo. Cierto que algunos capitalistas, principalmente el grupo Rothschild, tenían alguna participación en Empresas petrolíferas extranjeras, sobre todo en Bakú y en Rumania. Pero cuando el petróleo comenzó a ser aplicado a la navegación, Inglaterra se dispuso a evitar que el dominio de los mares le fuera arrebatado. Era preciso, a toda costa, ir estableciendo factorías en los lugares estratégicos del mundo de la navegación. Los mares tienen tres puertas, que son los estrechos de Suez, de Gibraltar y de Panamá. Inglaterra se aprestó a implantar en ellos su política del petróleo.

Primeramente, una Compañía que en las costas del primero se dedicaba al negocio del nácar comenzó a explotar algunos pozos petrolíferos. El nácar se convirtió en nafta. La *Shell Transport* (shell = concha) quedó convertida en una Empresa de p tróleo, orientada y dirigida por sir Marcus Samuel. Poco a poco fué extendiendo sus dominios industriales. Las Indias, China, Ceilán, Rumania, fueron exploradas con éxito. Desde 1902 la *Shell Transport* estaba unida con otra poderosa Compañía holandesa: la *Royal Dutch*. Y este formidable bloque inició en forma la competencia contra la *Standard Oil*, monopolizando los mercados asiáticos.

En las proximidades del estrecho de Gibraltar grupos ingleses intentaron exploraciones; pero el resultado no respondió a las esperanzas concebidas.

Los ingleses en América.—Pero los ingleses aspiraban a controlar las proximidades del canal de Panamá; sus miradas codiciosas se fijaban en América. Méjico, sobre todo, era una tentación. ¡Aquella zona petrolífera de Tampico! ¡Aquel pozo de Cerro Azul, del cual en un solo día habían sido extraídas más de 40.000 toneladas de nafta!...

Pearson se decidió a iniciar la batalla. En 1911 se constituye un grupo, filial de la *Shell Royal*, aunque con una dominación independiente: *Mexican Eagle*. El viejo presidente Porfirio Díaz, cuyas relaciones con Rockefeller eran muy cordiales, parecía un obstáculo definitivo para la causa representada por los ingleses. Pronto comenzó en Méjico la era de los pronunciamientos y de las revoluciones, a través de las cuales dos colosales Empresas se estaban haciendo la guerra. Huertas, Madero, Villa, Carranza, cualquier general que pareciese amenazar a Tampico, cuando no estaban a sueldo de una de las dos Compañías, tenían siempre la seguridad de proporcionarse oro y municiones para la lucha, unas veces provenientes de tierra y otras llegadas por los puertos del golfo. Y los ingleses no se contentaron con Méjico; Colombia, Costa Rica, Venezuela, Ecuador, ya en 1913 eran campos abonados para los planes petrolíferos de la Gran Bretaña. Pero esta política, ya demasiado ostensible, despertó las suspicacias de los yanquis, e invocando la teoría de Monroe, «América para los americanos», consiguieron que muchos de esos Estados rectificaran su anterior actitud.

En la jaula del león.—Pero Inglaterra entonces concibió un plan audaz: entrar en la jaula del león y hacer la competencia a la *Standard* en la propia Norteamérica.

La legislación de los Estados Unidos no distingue entre el dominio del suelo y del subsuelo; el propietario de una tierra puede explotar las minas que bajo ella se oculten, o venderlas a nacionales o extranjeros sin que el Estado intervenga para nada en esto.

Una nube de Compañías extranjeras —*Carib Sindicat*, *Colon Development*, *Royal Dutch*—empezaron a adquirir tierras y a explotar concesiones. La misma *Shell Transport* colocó en Nueva York un número importante de sus acciones. La *Standard Oil* permanecía tranquila, dormida en su grandeza. ¿Qué podían, contra su poder, tantas pequeñas Empresas? Por otra parte, antes de la guerra, los Estados Unidos ¿no hacían al capital europeo llamamientos constantes?

Pero esas pequeñas Compañías no tenían independencia mas que aparentemente. De hecho, todas sus acciones estaban controladas por el grupo *Shell-Royal-Dutch*.

Al mismo tiempo, otras Compañías inglesas—la *Anglo-Persian* y la *Turkish Oil*—multiplicaban sus excavaciones petrolíferas en Asia.

La intervención del Gobierno.—Más tarde, el Gobierno inglés se asoció directamente a estas Empresas petrolíferos. Al comenzar la guerra, el Almirantazgo, invocando la necesidad de petróleo para las vicisitudes de la contienda, obtuvo autorización del Parlamento para controlar las acciones de la *Burmah Oil Co*, continuación de las Empresas petrolíferas de *Lord Strathcona*, que explotaba la nafta en territorio de Birmania. Y poco después, continuando la misma política, el Gobierno inglés adquirió la mayor parte de las acciones de la *Anglo-Persian Oil*. Elevado el capital de ésta a veinte millones de libras, la Empresa fué transformada en una de las más poderosas del mundo, con intervención en Mesopotamia, Persia, Australia, etc. En resumen, las Empresas inglesas lograron controlar la producción de petróleo en los territorios más diversos: en Rusia, en Méjico, en las Indias holandesas, en Egipto, en Rumania, en Venezuela, en Trinidad, en Australia, en la India, en China, en Ceilán, en Malaca y en los establecimientos del Estrecho...

Y fué en estas circunstancias cuando en marzo de 1920 Nackay lanzó su reto arrogante desde las columnas de *The Times*: «Poco a poco el poder petrolífero de Norteamérica ha sido socavado; el dominio del petróleo está definitivamente en manos de Inglaterra, y es demasiado tarde para que los Estados Unidos puedan evitarlo; ¡antes de diez años los yanquis tendrán que comprar su esencia en Inglaterra!»

Leídas en el Parlamento norteamericano estas palabras, produjeron una extraordinaria sensación. Se solicitaron, con apremio, medidas de defensa.

* * *

La «Shell» contra la «Standard».—PRIMERAS ESCARAMUZAS.—En tanto que los políticos norteamericanos solicitaban del Gobierno medidas de defensa contra el ataque británico, las oficinas estadísticas se aplicaron a definir exactamente la situación. El 2 de mayo de 1920 el Servicio geográfico del Ministerio del Interior publicaba una nota explicando el estado de la contienda:

«Los últimos datos reunidos—decía—muestran que Norteamérica consume doble cantidad de petróleo que todo el resto del mundo, en tanto que su suelo contiene la séptima parte de las reservas petrolíferas mundiales. Los Estados Unidos, con un consumo de 400 millones de barriles anuales, tienen petróleo asegurado para diez y ocho años. Los restantes países, con 200 millones, tienen reservas para doscientos cincuenta años. En lugar de explotar nuestros recursos tan rápidamente, nosotros debemos o reducir nuestro consumo de nafta o procurarnos petróleo en países extranjeros.»

Pero esta última solución no se presentaba fácil. En octubre de 1919 uno de los agentes de la *Standard Oil*, «habiendo sin duda leído en la Biblia—escribe un tratadista—que había depósitos de asfalto en las orillas del Mar Muerto, llegó a Jerusalén». El gobernador de la plaza—general inglés—lo hizo arrestar en el acto. Y cuando Wilson protestó ante el Gabinete de Londres, invocando la doctrina de sus catorce puntos, se le contestó que en

(1) Ved el núm. 12 de INGENIERÍA Y CONSTRUCCIÓN.

aquel territorio regía el sistema de puerta cerrada en lugar del de puerta abierta. Análoga respuesta se obtuvo a otra reclamación referente a los petróleos de Mesopotamia. Y al mismo tiempo en Wáshington, se descubría con sorpresa que ciertas Sociedades, en apariencia americanas, que explotaban petróleos en la América central, tenían sus acciones «sindicadas» por Bancos ingleses, que tenían en sus manos la dirección de tales Sociedades. Entonces ya no ofreció duda que el famoso artículo de Mackay, lejos de ser un *bluff* británico, era la expresión verdadera de la situación internacional. Y el presidente Wilson, en un mensaje al Senado, de 17 de mayo de 1920, presentaba la situación en los siguientes términos:

Una declaración oficial.—«La política general del Gobierno británico tiende, de una parte, a excluir a los extranjeros del control de todos los recursos petrolíferos del Imperio inglés, y de otra a asegurar el mismo control sobre los recursos petrolíferos de los restantes países. Los medios empleados son los siguientes:

1.° Prohibición a los extranjeros de poseer o explotar campos petrolíferos en las islas británicas, sus colonias y protectorados.

2.° Participación directa del Estado en el capital y en la dirección de las Empresas de petróleo.

3.° Medidas conducentes a prohibir a las Sociedades británicas vender sus bienes y propiedades a súbditos y Empresas extranjeras.

4.° Decretos prohibiendo transmitir acciones de Compañías petrolíferas a súbditos que no sean del Imperio británico.

Los *trusts* ingleses ya han establecido su control en el Reino Unido, India, Persia y otros muchos países.»

* * *

La lucha en Francia.—Quedaba a los americanos una nación de cuyas concesiones petrolíferas pensaban aprovecharse. Esa nación era Francia. En la región del Iser, en las Landas, en Auvernia, en las posesiones de Argelia, en Madagascar y en Marruecos se habían descubierto recientemente algunos yacimientos de importancia. Francia no estaba en condiciones de explotarlos. Carecía de flotillas, de buques-cisternas, de depósitos, de oleoductos, y su metalurgia no estaba tampoco en condiciones de construirlos. Francia podía aspirar sólo a que esos yacimientos fueran explotados por una nación lo bastante amable para vender en la misma Francia los petróleos extraídos de su propio terreno, garantizándola el abastecimiento de un producto cuya importancia había revelado la guerra. Esa nación tenía que ser, forzosamente, o Inglaterra o los Estados Unidos; la elección era entre la *Shell Transport* y la *Standard Oil*.

El procedimiento americano.—Los dos contendientes afilaron sus armas. La *Standard* creía, lógicamente, tener asegurado el éxito. Era ella la que durante la guerra había salvado a Francia suministrándole el 80 por 100 del petróleo que sus ejércitos necesitaban. Contando, pues, con la gratitud de la nación y del Gobierno, ella se preparó para abastecer en firme el mercado francés. Constituyó al efecto, con un capital de 25 millones de francos, una filial francoamericana; adquirió en París, para domicilio social, un palacio magnífico; puso a disposición del Gobierno francés una flotilla especial de buques-cirternas que antes de la guerra poseía la filial germanoamericana *Deutsche Amerikanische Petroleum;* solicitó autorización para construir, desde El Havre hasta París, un soberbio oleoducto...

Pero esto último exigía una autorización con trámites burocráticos complicadísimos; «la administración francesa—escribe un tratadista, que igual hubiera podido referirse a la española—incapaz de crear nada ella misma, es un instrumento incomparable cuando se trata de paralizar iniciativas ajenas». Y en cuanto a la flotilla de la *Deutsche*, Inglaterra la había secuestrado después del armisticio, y cuando al cabo la reintegró, después de un año de reclamaciones, para los intereses americanos, era ya demasiado tarde...

La táctica británica.—Inglaterra, en cambio, venía siguiendo otra táctica. Como respondiendo a una consigna, los títulos de la *Shell Transport* y de sus filiales—la *Royal Dutch*, la *Mexican Eagle*—hicieron súbita irrupción en el mercado de Francia. La venta era muy fácil. La *Shell Transport*, en 1919, había repartido un dividendo del 35 por 100. Fué en vano que una ley prohibiera la exportación de capitales franceses; el contrabando de títulos era fácil; se les importaba en aeroplanos y aun en las valijas diplomáticas. La compra de acciones de la *Shell*, provocando exportaciones del capital francés hacía subir la libra; con ello la cotización de los títulos se elevaba y esto provocaba nuevas ventas.

La acción de la *Royal Dutch*, de un valor nominal de 1.000 florines, equivalentes a 2.100 francos, llegó a venderse a 72.000. Para mayor facilidad, las ventas se hacían frecuentemente a plazos. Merced a este juego, que se llevaba a Londres el numerario de Francia, la libra subió a 64 francos; el dólar, a 17. Todos los productos importados y los objetos fabricados siguieron el movimiento de alza. Sin embargo, los especuladores—*cocottes*, bolsistas y gentes de mundo—se regocijaban de la baja del franco, seguros de acrecentar su fortuna a medida que disminuía la del país.

«Esas gentes—dijo de ellas el ministro de Hacienda Mr. Marsal—eran capaces de vender a Francia a plazos...»

El castigo.—Pero pronto, para satisfacción de la justicia inmanente, la moral tomó su revancha. Un día los banqueros avisaron a sus clientelas que no podían continuar por más tiempo en descubierto, y les invitaron a hacer liberación de sus acciones.

Incapaces de pagar tales sumas, muchos vendieron, el cambio bajó, y, con la abundancia de las ofertas, la *Royal Dutch* cayó de 72.000 a 25.000 francos. Hubo en Francia una baja general de muebles, de cuadros, de joyas, cuyos poseedores querían enajenarlas a toda prisa, para proporcionarse fondos con que rescatar sus codiciados títulos. Pero el empeño era inútil. ¡Inglaterra volvía a comprar, por 25.000 francos, las acciones que había vendido a 72.000!

El juego británico.—«Entre tanto—escribe Delaisi—en las oficinas de Londres, sir Marcus Samuel y sus colegas del *trust* angloholandés seguían, con el ojo bien abierto, las peripecias de este torneo. Comprobaban con alegría que el objeto propuesto se había logrado. Miles de títulos de la *Shell* y de la *Royal* habían pasado el canal de la Mancha. Las acciones que aseguraban la mayoría en las asambleas y en los Consejos de Administración quedaban en Londres. Pero la nación amiga y aliada estaba manifiestamente interesada en la prosperidad de la empresa. Si algún día el Gobierno francés le confiaba la explotación de los petróleos nacionales, ¿quién había de protestar? ¿No era bien claro que los beneficios, en forma de dividendos, irían a engrosar el *pequeño ahorro francés*, tan querido?»

Se trataba de obtener de Francia la autorización para explotar sus riquezas petrolíferas, prometiendo reservarle, en compensación, un derecho de preferencia sobre parte de la producción inglesa. Para mejor disimular la intención, la *Royal Dutch* quiso actuar bajo el nombre de su filial holandesa, *Koninklyche Nederlansche Maatschappij*. Y fué esta Sociedad la que en 25 de marzo de 1919 solicitó del Gobierno francés «autorización para explotar las empresas petrolíferas que puedan ser reservadas a Francia, a consecuencia del Tratado de paz» (alude a las concesiones alemanas a repartir entre los aliados), ofreciendo, en cambio, «reservar a Francia con prioridad una parte de su producción petrolífera, bastante para asegurar su avituallamiento para las necesidades civiles, militares y marítimas».

Clemenceau prestó a esta proposición la mejor acogida. Había, sin embargo, vacilaciones, escrúpulos, dificultades en las Cámaras. Pronto, un acontecimiento internacional había de vencer todos estos obstáculos.

Los sucesos de Siria.—Un acuerdo francoinglés de 1916, referente a Turquía, había otorgado a Francia una zona de influencia que se extendía desde el golfo de Alejandría hasta Persia. Pero Francia se encontraba en una posición difícil. Mustafá Kemal y los nacionalistas turcos la habían arrojado de la Silicia. El emir Faical arrojaba hacia la costa siria los batallones senegaleses del general Gouraud. Era un golpe tanto más sensible cuanto que los franceses habían perdido el control del ferrocarril Beyruth-Damasco y las concesiones de puertos obtenidas en tiempos de los turcos.

Lo más curioso era que el poder de Faical sólo se fundaba en las armas, la plata y el apoyo que le prestaban los ingleses. Por eso, un día lord Curzon pudo decir al Gobierno francés, que entonces presidía Millerand: «Firmad un convenio con la *Royal Dutch*, y la Siria será vuestra.» Millerand no vaciló más, y se firmó el Tratado de San Remo. En seguida, Faical fué abandonado a sus propias fuerzas. Y fué así cómo la entrada triunfal del general Gouraud en Damasco costó a Francia el abandono de todas sus reservas petrolíferas.

El convenio de San Remo.—El convenio de San Remo se concertó en 24 de abril de 1920. Lo firman, por Francia, Millerand y Berthelot, y por Inglaterra, Lloyd George y Cadman. «El presente acuerdo—empieza diciendo—está basado sobre el principio de la cooperación cordial y la reciprocidad en todos los países donde los intereses petrolíferos de las dos naciones puedan prácticamente combinarse. El presente memorándum comprende los países siguientes: Rumania, Asia Menor, Rusia, Galitzia, Colonias francesas, Colonias británicas de la Corona.»

«En las colonias francesas, protectorados y zonas de influencia—dice una de las cláusulas—comprendidos Túnez, Argelia y Marruecos, el Gobierno francés facilitará la adquisición de concesiones a todo grupo francobritánico de buena reputación y que presente las garantías necesarias.» En Rusia, los dos Gobiernos acuerdan «el apoyo común a sus respectivas peticiones para obtener concesiones petrolíferas y facilidades de exportación».

Francia pagaba a este precio las victorias del general Gouraud... Cuando en

25 de julio del año 20 se hizo público este Tratado, que hasta entonces había permanecido secreto, la *Standard Oil* tuvo que reconocer que había perdido una batalla. Pero no importaba. Aun le quedaban recursos para proseguir en otros frentes la lucha.

* * *

El petróleo en Rusia.—Nadie ignora la importancia de los yacimientos de nafta del Cáucaso, que en 1916 habían producido 602 millones de *puds*, equivalentes a 10.000 millones de litros. Los dos centros principales, Bakú y Grozmy, eran antes de la guerra explotados por Sociedades anónimas rusas, en las que estaban también interesados cuantiosos capitales extranjeros. Entre ellas, *The North Caucasian Oil fields limited*, que operaba en el distrito de Grozmy, era desde 1901 una filial de la *Royal Dutch*. La *Société du nafta de Bakou*, constituída en 1874, estaba montada con capitales franceses. En 1914 había obtenido 11 millones de beneficios netos. La acción, de un valor de cien rublos, entonces equivalentes a 266 francos, era cotizada a 1.500 en las Bolsas francesas.

La revolución y la Bolsa.—Pero vino, en 1917, la revolución soviética. Los obreros rusos se apoderaron de las fábricas; los mineros, de las minas; los aldeanos, de las tierras, y sus Empresas fueron nacionalizadas por el Gobierno de los Soviets. Sin embargo, en tanto que los títulos rusos eran excluídos de casi todas las Bolsas europeas, las acciones de la *Baku* eran admitidas a la cotización, conservando ficticiamente sus valores de antes de la revolución. La *Banca de París y de los Países Bajos*, y la *Rusoasiática*, refugiada en Londres, no podían resignarse a perder más de cien millones de un solo golpe, y se esforzaban por mantener la especulación de la *Baku*. Pero, nacionalizadas las minas, los Soviets eran un enemigo contra el que había que luchar. Se explotaron en Bolsa las ofensivas de Denikine, de Kolchak, de Wrángel, y se predicó en Francia una doctrina de odio contra el pueblo ruso. Todas las vicisitudes de la revolución repercutían inmediatamente en Bolsa. La *Baku*, que en 1918 se cotizaba a 1.000 francos, subió a 2.555 al comenzar la ofensiva de Dinikine, y a 5.400 cuando en febrero de 1920 se anunció oficialmente el término de los Soviets; bajó luego a 4.000, para llegar a 4.400 en noviembre, en el momento de la retirada del ejército rojo. Más a principios de 1921 los Soviets parecen afianzados. La retirada definitiva de Wrángel hace caer la cotización de la *Baku* a 1.700 francos.

Las dos políticas.—En esta situación las cosas, la llegada de Krassine a Londres reaviva, cuando ya parecían perdidas, las esperanzas de los grupos petrolíferos. Krassine hablaba de posibilidad de concesiones mineras a cambio de ciertos productos, de permisos de explotación en el Cáucaso, de desnacionalización de ciertas Empresas—acaso la *North Caucasian* y la *Baku*—. Esto fué suficiente. Para los periódicos franceses, *Krassine el bolchevique* pasó a ser *monsieur Krassine, ministro plenipotenciario, delegado del Gobierno de la República federativa de los Soviets*, y Trotsky y Lenine, «hábiles políticos», «espíritus avisados», que al fin se decidían a confiar a Empresas capacitadas la dirección de los negocios mineros...

Y fué entonces cuando, en el Tratado de San Remo, Inglaterra y Francia acordaron «ayudarse recíprocamente en sus esfuerzos comunes para obtener concesiones petrolíferas y permisos de exportación en Rusia». Entre tanto, los Estados Unidos seguían esta vez otra táctica: fueron ellos los primeros en enviar sus socorros a la Rusia famélica. Si los Soviets se decidían a desnacionalizar las minas, estarían ligados con deudas de gratitud al pueblo yanqui. La *Standard* llevaba a la *Shell* este tanto de ventaja.

«Un Gobierno—ha escrito Marcel Fourrier—no es mas que una fachada detrás de la cual se oculta el mundo de los negocios. No hay otra política ni otros intereses que los de los financieros que lo dirigen. En cuanto a las naciones y los pueblos, sus destinos, su vida misma dependen, en fin de cuentas, de una media docena de banqueros.»

La Conferencia de Génova y la cuestión del petróleo.—Nota característica de la Conferencia de Génova fué que los más trascendentales acuerdos se tomaron al margen de ella. Así el Tratado germano-ruso de Rapallo. Así las gestiones del coronel Boyle, verídica historia que vamos a referir.

Se estaba discutiendo el problema de la restitución de los bienes de aquellos extranjeros a quienes había desposeído el Gobierno de los Soviets. La discusión se llevaba de completo acuerdo. Mas he aquí que el 1 de mayo, Jaspar, representante de Bélgica, solicita que se consideren anuladas las concesiones hechas a entidades distintas de sus antiguos propietarios. Seydoux, delegado de Francia, apoya análoga proposición, y en la sesión del día 5 de mayo Lloyd George pronuncia unas palabras históricas: «Hemos llegado a un lugar de la ruta en que los caminos de Francia y de Inglaterra se bifurcan, y marchará cada una por distinto sendero.»

Esto fué todo. Veamos ahora, «a la luz de una lámpara de petróleo», la significación que tiene esa frase.

La lámpara del coronel Boyle.—Mientras se estaba celebrando la Conferencia llegó a Génova el coronel inglés Boyle, procedente de Tiflis. Era portador de un convenio en forma, al cual no le faltaba mas que la firma. Por él, Rusia concedería a una Empresa—la *Shell-Royal-Dutch*—el derecho a explotar, durante cinco años, sus petróleos, a cambio de ciertas concesiones. Como hemos dicho, algunas de esas Empresas habían pertenecido anteriormente a capitalistas franceses—tales los depósitos de Bakú.

Los Estados Unidos no estaban presentes en la Conferencia; pero la *Standard Oil* tenía en ella espías avisados. Y ellos previnieron a Francia de la maniobra del coronel Boyle. Les recordaron el artículo del Tratado de Rapallo, en que Francia e Inglaterra concertaban «apoyo mutuo» para sus respectivos intereses en Rusia. Las proposiciones de Seydoux y Jaspar tendían a evitar la maniobra de Boyle. Y a ello obedeció también la frase de Lloyd George.

Pero la lucha no ha terminado todavía. En Génova no se hizo mas que levar anclas. Hay que seguir ahora, con potentes catalejos, la estela del buque ruso. Digamos de paso que una tercera potencia—el Japón—, que inicia ahora su política petrolífera, parece dispuesta a hacer a Inglaterra y Norteamérica la competencia en esta disputa por lograr la explotación de las pertenencias petrolíferas rusas.

* * *

Y así está planteada actualmente la contienda. Hasta hace poco cabía pensar que la *Standard Oil*, con sus 5.000 millones de capital y sus 80.000 kilómetros de tuberías, tenía perdida definitivamente la lucha. Se calculaba que Norteamérica tendría sólo reservas para unos veinte años. Luego, durante medio siglo, se vería precisada a surtirse de los grupos ingleses. Al cabo de ese tiempo, las reservas hoy conocidas estarían agotadas totalmente. Y para entonces, o se descubrirían nuevos criaderos—tal vez en China, o acaso en el Africa Austral—, o la química habría resuelto el problema, obteniendo un carburo por la transposición molecular del benzol, o los hornos de coque, debidamente transformados, pasarían a ser fuentes inagotables de esencia. Recientemente, sin embargo, la *Standard Oil* ha podido sonreír ante un porvenir más optimista. Parece hoy comprobado que debajo de las capas en explotación en Pensilvania hay otras de igual riqueza que permiten duplicar el cálculo de la duración de las reservas del combustible líquido de aquella importante zona. La *Standard* ha respirado tranquila un momento. Y no falta quien crea que, pensando ya inútil proseguir una competencia que no las beneficia en nada, la *Standard* y la *Shell* han iniciado más de una vez en los últimos tiempos tendencias de armonía. Y que acaso algún día pueda quedar el mundo sometido al freno, sin contrapeso, del grupo financiero más formidable que vieron los siglos...

Pero todo ello es ajeno al objetivo que perseguíamos en estos artículos. Era sólo nuestro propósito relatar al lector algunas anécdotas de la lucha. Le ofrecimos que, si no de economía, obtendría de estas páginas una lección de ejemplaridad...

Y ahora vamos a darla. Relataremos, sencillamente, lo que a nosotros nos parece más admirable de la lucha. Cuando Mackay publicó en *The Times* el artículo que ya conocemos, se dió lectura al mismo en la Cámara de Norteamérica. Allí se puso de relieve cómo la astucia inglesa había quitado a Norteamérica un monopolio que le había concedido la misma Naturaleza.

Pues bien; cuando se supo que esa política, encaminada a despojar a los Estados Unidos de su dominio mundial del petróleo, era fomentada y dirigida por el Gobierno británico, ¡los senadores, en lugar de indignarse, entonaron un canto de admiración a la política británica!

«Yo no critico al Gobierno inglés—decía Mr. Phelan, senador de California—. Yo admito, por el contrario, la previsión de los hombres, que, estando a la cabeza del Gobierno, dirigen sus esfuerzos a lograr que su flota y sus industrias estén siempre provistas de un combustible esencial. Pero si la Gran Bretaña entra en la lucha con el nombre de *Shell-Royal-Dutch*, los Estados Unidos deben hacer lo mismo con la *Standard Oil*.»

«Yo admiro—decía Mr. Jones, presidente de la Comisión de Comercio—la manera de obrar que tiene la Gran Bretaña, el modo como ayuda a sus ciudadanos y defiende sus industrias, y yo sólo quisiera que nosotros siguiéramos su ejemplo, protegiendo a nuestros nacionales como ella protege a los suyos.»

Recuerde el lector lo que decimos en España cada vez que la competencia extranjera pone una de nuestras industrias en peligro; piense lo que habríamos dicho si con nosotros se hubiese intentado un despojo análogo al realizado con Norteamérica... Y díganos después si no piensa, como nosotros, que esa calma de los senadores yanquis es la lección más interesante que se desprende de toda la lucha.